



L A S M E N I N A S , p o r V E L A Z Q U E Z

Este lienzo, de 318 por 276 cm., que se conserva en el Museo del Prado de Madrid, lo pintó el español Don Diego de Velázquez, por 1656/57. "Las Meninas" está considerada como una de las más elevadas cumbres que haya alcanzado jamás la pintura de todos los tiempos. Refleja una escena familiar de la Corte de Felipe IV. En el centro del cuadro figura la infanta Margarita, entre sus dos damas de Cor-

te: Doña Agustina Sarmiento, a la izquierda, y Doña Isabel de Velasco, a la derecha y un poco más atrás. En el lado derecho del cuadro se ven los dos enanos: María Barbola y Nicolasillo Pertusato. Ante un gran lienzo está el propio Velázquez, pintando el doble retrato del Rey Felipe IV y de la Reina Mariana de Austria. A los Reyes únicamente se les ve a través del espejo suspendido en la pared

del fondo de la sala. A la derecha, en la penumbra, están otros dos personajes: Doña Marcela de Ulloa y un guarda-dama. Y al fondo del cuadro, en la puerta abierta, el aposentador de la Reina D. José Nieto. Cuéntase que maravillado el Rey por la belleza del cuadro, pintó en él con su mano, sobre el pecho de Velázquez, la Cruz de Santiago. A este gran pintor español se refiere Ignacio B. Anzoátegui en la página siguiente.

CIELO Y TIERRA DE ESPAÑA

POR

I G N A C I O B. A N Z O A T E G U I



I

DIEGO VELÁZQUEZ

DICE la leyenda que, después de muerto, el Rey te dió carne de caballero pintando con su real mano sobre tu retrato el divino cangrejo de la Cruz de Santiago.

La historia, la que se ve con los ojos, dice que naciste con alma y con pulso de caballero, que es decir con sangre y con impulso, con casa y destino, con seguridad de padre y con alborozo de hijo, con pies de abad realengo y con manos de cazador.

Tú, Diego Velázquez, caballero de la Tierra y el Cielo; tú, que fijaste sobre nuestras tardes el “cielo velazqueño” para dejarnos la fórmula del “ni demasiado Cielo” con que consolarías nuestra desesperación de Tierra; tú, que quisiste ceñir de nubes promisoras de nieves el azul del firmamento para distraernos de la pornografía mística de un fácil cielo azul; tú, que armoniosamente ensombreciste un fondo ultraterreno para plantar sobre él la figura de uno cualquiera de nosotros —un rey quizás o una menina, un enano famoso o una pobre divinidad pagana— en una luz ultrasolar; tú, nuestro caballero, que nos acercaste al Cielo pintándonos sobre él; tú, que nos diste toda la realidad de España; tú, el de las telas sin pátina de tiempo, pintadas no en carne viva, sino en tiempo vivo; tú, Diego Velázquez, de puro caballero, de puro caballero, puro, eres el pintor del tiempo sin tiempo, el pintor fotográfico de una España musicalmente fotogénica, el cronista de los primaverales paisajes imperecederos que Luis de Góngora iluminó con palabras de pintura, diciéndonos todavía con los ojos:

“Claro arroyuelo de la nieve fría
Bajaba mudamente desatado,
Y, del silencio que guardaba, el prado
Con labios de claveles se reía.”

Tú, Diego Velázquez, hablaste boca a boca con aquel silencio, y, como el poeta barnizó sonidos, tú articulaste colores y hallaste color en el color. Para tí —como para Góngora la palabra— se hizo forma la figura, para que la empujaras contra el lienzo y la estamparas allí y viviera como criatura tuya en el fino y acostumbrado paraíso de un paisaje español. Porque tú, antes que pintar, estampabas; antes que copiar, hacías. No de pincel, sino de piel son tus figuras; no de tela, sino de pintura son tus vestidos, como de pintura húmeda, con humedad de flor recién nacida.

Piel y flor: símbolos inseparables de la vida española, que es como decir Tierra y Cielo. Tierra y Cielo de España, de la España nuestra, Diego Velázquez cazador.



II

LA DAMA DE ELCHE

NOS la devolvió un guerrero que, sin proponérselo, nació en Francia. Un hombre cuyo nombre hoy los suyos callan, no para execrarle con el silencio, sino para no avergonzarse con su recuerdo. Un hombre de Europa que una vez salvó a su patria sobre un fondo de laureles y otra vez la recogió cuando mendigaba a la puerta de un camposanto. El caballero que un día, rodando su patria en la oscuridad de la derrota abyecta, empuñó la caída y, dirigiéndose a sus vencidos, pronunció aquellas palabras milagrosas: “Yo, Henri Philippe Pétain...”; palabras que en la tumultuosa novela de caballerías de la invasión alemana sonaban con la grandeza que acompaña siempre a la voz del último jefe de los vencidos; palabras que, como las de los profetas, tenían entonces la fuerza de una reclamación diplomática ante Dios. Palabras del hombre de Dios que hoy pena su deber de Purgatorio en vida; castellano del más honrado de los castillos franceses. A él nuestro agradecimiento, por aquello que hizo devolviéndonos lo que pertenecía a nuestro subsuelo nacional; al caballero de Francia nuestro agradecimiento, por aquello que hace de sacrificarse ejemplarmente y de dejarse morir como un guerrero de Europa prisionero en un castillo.

La Dama de Elche nos pertenece. ¿Desde cuándo? Los dioses lo supieron. ¿Hasta cuándo? Dios sabe que hasta siempre.

Santa por derecho de maternidad, nació para nosotros, que tenemos vocación de hijos de buena madre porque tenemos una insuperable necesidad de madre. Nos pertenece subterráneamente, maternalmente; pero no con alarma de desesperación de parturienta, sino con reposada beatitud de recién parida; con la beatitud que renueva cada día en la repetida historia de las mujeres de España la remota Jimena del romance, marchando con paso elástico:

“Salió a misa de parida,
En San Pedro la Mayor,
La noble Jimena Gómez,
Mujer del Cid Campeador.”

(Y a la puerta de la iglesia le sonreía seguramente la Dama, igual que en algún viejo cuadro de la Visitación.)

Nos pertenece, no como una ruina renacentista a un pueblo necesitado de Renacimiento, sino como el primer ángel a un pueblo que se sabe visitado por los ángeles.

Porque nosotros, los que creemos en la santidad de las prefiguradas; nosotros los gentiles, que creemos que Dios nos entregó la llave de la Belleza negada a su pueblo elegido; nosotros, los que sabemos que si a él le dió unas tablas de piedra a nosotros nos dió una piedra hecha madre: nosotros sabemos que esa piedra es, por ángel, un pensamiento de Dios.

Por todo lo demás y por eso podemos rasgar el Cielo clamando: “¡Gloria a Dios en las alturas!”, como hijos de la eterna Natividad.

